

Entre las tarjetas habia una que decia:

RODOLFO DE SIANI

P. P. C.

El Dr. Nugués la separó de las otras y la colocó entre el vidrio y el marco de uno de los cuadros de su estudio.

(Continuará.)

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)O(—

III

UN mes despues, los amores de Alberto y Cristina no eran un secreto para nadie. La sociedad, ávida siempre de novedades, apenas se ocupaba de ellos sino para fijar la fecha del casamiento: quien aseguraba que la ceremonia se efectuaría aquel mismo invierno, quien porfiaba que no se realizaria hasta comienzos del próximo año.

Cristina se habia transformado. Como menor de las cuatro hijas del señor Peña, habia vivido hasta sus veinte años rodeada de mimos y preferencias, que ella retribuía tratando por todos medios de hacer más dulce la ancianidad de sus padres, con esas gazmoñerías y arrumacos de que tanto se paga el cariño.

Habia sido la niña predilecta, gozando de todos los fueros que rodean á la hija de la vejez, que es como el último vinculo que ata á los padres á la vida, y concentran en él todas sus afecciones con la misma avidez con que el jornalero se encariña por la última moneda de su salario. Educada en un Colegio de Hermanas de Caridad, Cristina habia llegado á ser mujer sin darse cuenta de ello, entregada al cariño de sus padres y á las exaltaciones de un misticismo inocente, que ella traducía en frivolas prácticas devotas, más aparatosas que conscientes; algo que era en ella más una diversion que una devocion, entreteniéndose en acicalar las imágenes que decoraban las paredes de su alcoba, pequeño nido siempre perfumado y deslumbrante de blancura, que hacia á la vez de dormitorio y de santuario, y cuya entrada solo era permitida á una que otra de sus amigas predilectas.

Desde la noche del baile, Cristina empezó á hacer una vida más retraída dentro de su propia casa. Solo hacia sociedad en familia en las horas precisas del almuerzo y de la comida, y aún en esos momentos, permanecía abstraída, como si no quisiese distraer su pensamiento del recuerdo de Alberto. Retirada en su alcoba, permanecía allí horas tras horas, entregada á sus ensueños, con gran resentimiento de sus virgenes y santos para quienes no habia ya ni una sonrisa, ni una flor, ni uno de aquellos adornos con que ántes se complacia en acicalarlos. Ya no la distraían sus muñecos divinos, absorta como estaba en el culto de una divinidad nueva, tangible, que ella sentía agitarse en todo su ser.

Por la tarde, empezaba recién á preocuparse de su persona. Se adornaba con esmero, ensayaba sus tocados de diversas maneras, se convertía ella misma en ídolo de su culto, y no quedaba nunca satisfecha de su atavío, hasta que la arrancaba de aquella contemplacion el reloj que marcaba la única hora que en todo el día la preocupaba. A las ocho, indefectiblemente, entraba Alberto de visita. Cristina lo recibía embargada por la emocion, como algo que ella esperaba entre alegrías y zozobras, llena de inquietudes siempre por un minuto de retardo. La visita era para ella; nada más que para ella. Lo esperaba sentada en el balcon, teniendo á su lado la silla que él debía ocupar, sin darle tiempo más que para saludar á sus padres, con ese egoismo propio de los enamorados que quieren concentrar en sí hasta la mirada más indiferente.

Y allí, en el balcon, juntos los dos, hablaban sin cesar, siempre sobre el mismo tema, renovándolo sin interrupcion, preguntándose diez veces lo mismo que otras tantas se habian preguntado la noche anterior, y repitiendo mañana lo que hoy se habian dicho, con ese em-

pecinamiento egoista de la pasion, que nunca se cansa de hablar de sí misma.

Entretanto, las inquietudes del padre de Alberto aumentaban día á día. Evidentemente su hijo decaía de una manera visible. Aquel tinte de tristeza que reflejaba en su fisonomía un dolor interior, se acentuaba cada vez más, y hasta su carácter se transformaba. Apacible y condescendiente de costumbre, empezaba á manifestar ciertas irascibilidades desconocidas en él. La mínima contrariedad lo exasperaba, y si se le contradecía en cualquier punto, replicaba con exaltacion y descomedimiento. A las cariñosas insinuaciones de su padre, contestaba Alberto con sequedad, irritándolo más que nada los cuidados de que se veía rodeado. El bueno de don Rafael se pasaba las noches en vela, alarmado por la tos seca que entrecortaba el sueño de su hijo. Larga lucha tuvo que sostener con él el anciano para que se prestase á un reconocimiento médico, pero pudo más la constancia del padre, y al fin consintió Alberto en ser reconocido, protestando sin embargo que aquellos eran chocheces de viejo, que él nada tenia, y que se sentía mejor que nunca.

Poco satisfactorio debió ser el resultado de la consulta, pues Don Rafael redobló sus cuidados, y revistiéndose de energia le manifestó á Alberto que era necesario cuidarse, y obedecer las prescripciones dadas por los facultativos. Alberto sonrió, y continuó empeinado en que nada tenia, apesar de que día por día se acentuaban más en todo su organismo los sintomas de una enfermedad terrible.

Habia perdido el apetito, y todas las arterias de que Don Rafael se valia para alimentar á Alberto, se estrellaban en la caprichosa voluntad de éste, que parecia gozarse en desbaratar las cariñosas tretas con que el padre pretendía vencer sus resistencias.

Por último, como supremo recurso, decidió Don Rafael avistarse con los padres de Cristina, para ver si la influencia de ésta lograba lo que ni el cariño ni la autoridad paternal habian conseguido. Nada ocultó el anciano á los padres de la prometida de su hijo, y alarmados éstos con lo que oyeron, hicieron comparecer á Cristina, y velando hasta donde era prudente la verdad, le dieron claramente á entender que Alberto no estaba bien.

Para Cristina, aquella confidencia á medias, fué toda una revelacion. Ella se habia apercibido ya del decaimiento de Alberto, pero en el egoismo de su pasion, habia atribuido aquel cambio al amor que su prometido le tenia. Al caerle la venda de su alucinacion, quedó consternada, y encerrada en su alcoba se pasó todo el día llorando, llena el alma de funebres preságios.

Cuando Alberto fué por la noche, la encontró pálida y triste, sentada en un sofá de la sala. Estaba, contra la costumbre, sola, y Alberto desde la entrada comprendió que algo grave la preocupaba. Pero cuando supo la causa de su tristeza, cuando ella, con los ojos brillantes de lágrimas y el acento entrecortado por los sollozos, le pintó su afliccion y le rogó que se cuidase, él se echó á reír, y tomándole una mano con cariño, le dijo:

—Estas son las arterias de papá. El pobre viejo, no sabiendo ya de qué ocuparse, ha inventado esta enfermedad para mortificarme con sus cuidados. No seas aprensiva, y hablemos de lo que hablamos todas las noches. Te prohibo que vuelvas á tocar ese asunto que ya me tiene cargado.

—Pero, Alberto... insistió ella.

—Te repito que no me hables más de eso, dijo Alberto interrumpiéndola y con tono agriado.

Ambos quedaron callados. Aquella pequeña discusion habia coloreado el pálido semblante de Alberto, y respiraba aceleradamente, con la boca entreabierta, como si la exaltacion lo hubiese fatigado.

Cristina no se atrevía á mirarlo; lloraba silenciosamente, herida por el tono con que Alberto la habia hablado por primera vez, él, tan suave, tan cariñoso siempre con ella. Él mismo se apercibió de su injustificada exaltacion, y tomándole nuevamente la mano le dijo:

—Perdóname. Te he dicho no sé cuántas impertinencias sin saber lo que decía. Me tiene papá tan fastidiado con esto de que estoy enfermo, que cada vez que me hablan de ello me exalto. Créeme, Cristina,

que yo no tengo nada. Son cavilaciones de mi pobre viejo, que apenas toso, ya me cree grave.

Y sonriendo añadió:

—Yo padezco, sí, pero de otra dolencia que ya se ha hecho crónica, y contra la cual es impotente la ciencia.—¿No te atreves tú a curarme?

Cristina sonrió a su vez. Ella sabía bien a qué enfermedad se refería Alberto, y embriagada en las íntimas confidencias que su prometido le hacía, olvidó la triste escena con que había empezado la entrevista.

Salieron al balcón. Era una de esas noches templadas de Abril, una noche otoñal, quieta y clara. La luna, enorme y amarillenta, desbordaba por sobre las azoteas e iluminaba todo con una claridad pálida, euuelta en brumas diáfanas. Desde el balcón en que Alberto y Cristina estaban reclinados, se veía el puerto, custodiado por el Cerro que se levantaba con su silueta negra, relampagueando periódicamente los destellos de su faro, como el ojo ciclopeo de un gigante mitológico.

Toda la ciudad empezaba a surgir de la penumbra, con sus azoteas escalonadas, como las graderías de un circo inmenso, descendiendo hacia la Aguada, y ascendiendo hasta acercarse a las torres de la Matriz, cuyas cúpulas se bruñían con lustre de plata, retratando en sus azulejos rayos de luna que se desmenuzaban en hebras de luz.

Cristina, con la mirada perdida entre aquellas vagas claridades, soñaba en el porvenir de dicha que Alberto le pintaba con cierta exaltación febril, como queriendo convencerse a sí mismo de que todo aquello se había de realizar. No se explicaba las dilaciones que oponía la familia de su novia a la consumación de su dicha. A los argumentos que Cristina aducía para justificar el proceder de sus padres, replicaba él con vehemencia, protestando contra esas preocupaciones sociales que imponen al amor un noviciado inútil y hasta ridículo, que solo servía de tema para las hablillas de la gente. Desde que se querían, no había para qué retardar lo que mañana podría realizarse, y sobre esto insistía con calor, como si temiese que la fatalidad se interpusiese a sus deseos.

Alberto calló, fatigado por la exaltación en que lo ponía aquella contrariedad que él pretendía salvar allanando todas las preocupaciones que según él eran el único obstáculo que retardaba su felicidad.

La noche refrescaba, y dos o tres veces sufrió Alberto fuertes ataques de tos que despertaron las adormecidas inquietudes de Cristina. Empeñóse con él en que se retirase del balcón, prestando que ella misma no se sentía bien, pero Alberto no cedió, diciendo:

—¿Vuelves otra vez con tus aprensiones? Ya te he dicho que no tengo nada. Sería hasta de mal gusto encerrarnos en la sala, cuando podemos disfrutar desde aquí del magnífico panorama que tenemos delante.

Efectivamente, el paisaje que desde el balcón se divisaba era espléndido. La luna, despojada ya de los tules de brumas que la envolvían, brillaba como un escudo bruñido en el fondo negro-azulado del cielo, y bordaba el manto del mar con lentejuelas de plata. Las arboledas de las quintas, surjian como moles negruzcas, entre las que se destacaban los pretiles de las casas y las agujas que coronan los palacetes del Paso del Molino. Los cristales de los miradores reverberaban con resplandores de espejos, y las lagunas de la playa, miradas desde aquella altura, semejaban enormes planchas de acero pulido en cuya superficie la luna trazaba rielos plateados. Los ruidos de la ciudad se apagaban poco a poco, haciéndose sentir en el silencio, como truenos lejanos, el rodar de los carruajes.

Alberto contemplaba todo aquello como en un éxtasis, y miraba de cuando en cuando a Cristina, que se había sentado en una silla, y apoyado el codo en la baranda del balcón, permanecía con la cabeza inclinada, descansando en la palma de su mano blanca y afilada, cuyos dedos resaltaban sobre la mata negra de sus cabellos.

Todas sus inquietudes habían renicido, y sin atreverse a contrariar nuevamente a Alberto, lloraba silenciosamente, ocultando sus ojos para evitar nuevas explicaciones que hubieran provocado la irascibilidad que su novio mostraba cada vez que se le recordaba su enfermedad.

Así corrió otro mes, durante el cual se abundaron las huellas que una dolencia terrible trazaba en el organismo de Alberto Conde. Todas

las ilusiones que en su acendrado cariño paternal se creaba don Rafael para engañarse a sí mismo, se desvanecían ante la realidad de los progresos visibles del mal. Alberto había cambiado notablemente. La palidez mate de su rostro había tomado un tinte amarillento; los ojos empañados y circuidos de una sombra azulada, parecían enterrados en dos agujeros profundos; los labios, secos y anémicos, los tenía constantemente entreabiertos, y su respiración era siempre acelerada y anhelosa.

Su carácter se agriaba también por días. Había cortado toda relación con sus amigos, y ni se tomaba la molestia de ocultar su fastidio a Carlos Centeno que asiduamente estaba a su lado pretendiendo distraerlo. El pobre don Rafael era la víctima de todas las irascibilidades de Alberto. No le hablaba, y cuando lo hacía, era solo para recriminarlo por todo: por la comida, que no le gustaba; por los remedios, que consideraba inútiles; por los cuidados que con él se tomaba como si fuera un niño. Bastaba que don Rafael le advirtiese que el aire estaba frío, para que Alberto saliese sin abrigo. Si se le hacía presente que el cigarro le era perjudicial, fumaba sin descanso. Alberto era el espíritu de contradicción constante: lo que para todos era blanco, era negro para él, y lo discutía con calor, y se exaltaba, y llegaba hasta los términos agrios cuando se le replicaba.

Solo al lado de Cristina se suavizaba, porque solo ella era la que lo complacía en todo y asentía a todas sus opiniones. Era la única que sabía engañar la terquedad del enfermo. Se fingía débil para que Alberto la instase a robustecerse, y la acompañase a alimentarse. Había conseguido que su prometido comiese tres veces por semana en su casa, so pretexto de que él se cerciorase de que ella le obedecía, y a fuerza de arrumacos y coquetuerías que ella inventaba, lograba engañarlo.

Alberto se había convertido en un niño caprichoso a quien era necesario reducir a lo razonable por medio de arterias y distracciones. Viendo que lo que más lo molestaba era el que se le hablase de su enfermedad, resolvió don Rafael, de acuerdo con los padres de Cristina, no hacer ninguna referencia a su estado. Entonces Alberto tomó por tema de sus recriminaciones el poco caso que de él hacían. Nadie se preocupaba de él, apesar de constarle a todos que estaba enfermo. Don Rafael soportaba con santa resignación aquellas injusticias, y esa misma resignación exasperaba más a Alberto, que se la enrostraba como indiferencia para con él.

—Pero hijo, solía decirle el buen padre, ¿a qué he de molestarte cuando tú estás bien?

—¿Bien? replicaba Alberto exaltado; se conoce que Vd. no se preocupa mucho de mí, que me paso las noches en claro tosiendo sin descanso.

—Pero entonces, hijo, sigue las prescripciones que te han indicado los médicos; toma los remedios, aliméntate, abrigate.....

—¿Qué entienden los médicos? Si fuera a hacerles caso no tendría un momento de reposo. Lo que V. debería hacer sería hablar formalmente con los padres de Cristina para que se dejen de ridiculeces, y consientan en que nos casemos en este mes. Yo me iría al campo con ella y allí me restablecería de esta molestia que tengo. No necesito más remedio que el campo; estoy seguro de que en quince días me pongo bueno.

—Pero la estación está ya muy avanzada, objetaba don Rafael, y luego, casarte en el estado delicado en que estás no me parece bien. Vas a condenar a esa pobre niña a ser tu enfermera.... No, hijo, vale más que te atiendas y cuando te mejores....

Alberto no contestaba a esas juiciosas observaciones de don Rafael. Cortaba la conversación y se retiraba, protestando contra todos, que parecían conjurados para contrariarlo. Vivía durante el día en una constante irritación, y por la noche se desahogaba con Cristina, confiándole todas sus contrariedades, que ella escuchaba con interés asintiendo a todo, y fingiendo compartir todos sus disgustos.

Cuando Alberto se separaba de su lado, Cristina se retiraba a su habitación y lloraba amargamente, como si su alma presintiese un golpe fatal. Sin querer darse cuenta de la realidad, que ella trataba de ocultarse a sí propia forjándose mentidas ilusiones, Cristina adivinaba que sobre su cabeza se cernía una tormenta horrible, algo que ella no se

atrevia à precisar, y que sin embargo entreveia como una vision fatidica. Aquella idea la embargaba por completo, y entregada à ella vivia como secuestrada dentro de su propia casa, aislada de su familia, evitando la intimidad de sus amigas, enterrada en su egoismo que no le permitia mas que pensar en Alberto.

Cristina tambien habla desmejorado. Ya no era aquella niña graciosamente contorneada y de rostro risueño que Alberto habia visto por primera vez frente à la Matriz. Su cuerpo se habia adelgazado visiblemente, y su rostro, afilado y pàlido, dibujaba huellas de una profunda tristeza. Poco à poco habia ido abandonando los atavios con que àntes se adornaba para recibir à su novia. Sus vestidos eran lisos y oscuros, y sus tocados de una severidad monjil. Solo salia à la calle los Domingos, al toque de alba, y se dirijia à la capilla de las Hermanas de Caridad donde oia misa, y regresaba en seguida à su casa por las calles mas solitarias.

En vano porflaba Alberto por que saliese à paseo. Ella se resistia siempre pretestando que no se encontraba bien, ò disculpándose con las tareas que el arreglo de su ajuar le imponia, que era el motivo que mejor aceptaba Alberto, como que su premura por casarse aumentaba en razon directa de los progresos de su enfermedad.

Con motivo del cumpleaños de Cristina, se organizò en su casa una fiesta de familia, que los padres trataron de hacerlo mas amena posible para distraer à la niña de la preocupacion en que vivia. Hablan de comer con ella todas sus parientas y amigas, y se invitaron à algunos amigos de la casa.

Para Alberto y Cristina, marcaba aquella fecha no solo un aeontecimiento de familia, sino algo mas intimo para los dos. Hacía precisamente tres meses que se habian conocido, y como todos los enamorados, encontraban motivo en aquella coincidencia para forjarse nuevas ilusiones, que son como la savia que entretiene y nutre al amor.

Llegò por fin el dia. Era el 5 de Junio, dia triste, envuelto en nieblas grises. La casa de los Peña estaba en movimiento desde las primeras horas de la mañana, preparando todo para la fiesta que debia concluir con una tertulia, sorpresa que los padres de Cristina le reservaban, como ofreciéndole ocasion de que presentase à la sociedad à su prometido.

Cristina permanecia indiferente à la agitacion que en su casa reinaba. Sin poder explicárselo ella misma, estaba mas triste que de costumbre, y ni los cariños de sus amigas ni los regalos que profusamente le llegaban, lograban sacarla de su retraimiento. A las cinco de la tarde llegó Alberto acompañado de su padre, y media hora despues se sentaban todos los invitados, en número de veinte, à la mesa que presidia con visible satisfaccion la señora de Peña, teniendo à su derecha à don Rafael, y à su izquierda à Cristina, que tenia del otro lado à Alberto.

La comida fuè animada y alegre. Don Rafael, con su buena pasta, habia resucitado las bromas de su tiempo, y hasta el mismo Alberto las festejaba, riendo con Carlos Centeno, à quien tenia enfrente, de las antiguallas *del viejo*. Motivo tenia el buen anciano para estar contento y decidir. Hacía tiempo que no veia à Alberto tan animado, y hasta llegó à creer que la enfermedad era mas impaciencia por casarse que otra cosa. Efectivamente, Alberto estaba desconocido, tenia el rostro encendido, hablaba con vivacidad y se reia de muy buena gana.

Solo Cristina parecia inquieta con aquella desusada animacion. Miraba à Alberto atentamente, y al notar el color encendido de sus mejillas, y la brillantéz de su mirada, se entristeciò mas aun, à punto de que Alberto lo echò de ver, y hablándole al oido le dijo:

—No pongas esa cara, porque los convidados van à creer que te fastidia estar à mi lado.

—Lo que me tiene inquieta, es precisamente tu agitacion, Alberto. Nunca te he visto así.

Alberto lo echò à la broma, y continuò hablando con exaltacion, riendo con Centeno de los chistes de don Rafael, que satisfecho al ver la alegria de su hijo, agotaba todo el repertorio de sus buenos tiempos.

A los postres, la animacion se hizo mas ruidosa. Estaban todos contagiados del buen humor que manifestaban los mayores, y se reian con franqueza. Un golpe de tos cortò una sonora carcajada de Alberto,

se llevó el pañuelo à la boea tratando de contener el acceso, y de pronto palideciò, inclinò la cabeza, y resbalando por la silla, cayò à los piès de Cristina.

Quando lo levantaron, pàlido, con los cabellos pegados à la frente empapada en un sudor helado, notaron todos con terror una mancha de sangre sobre la blanca pechera de su camisa!

FIN DEL CUADRO TERCERO

INVIERNO

FRA en Junio. Las tardes en el cielo
Poca vida tenian...
La luz crepuscular, como un gorgojo,
En semifusas ràudas se extinguia.

Los harapos de nieblas, como heraldos
De la noche caian,
Y en las torres, pretilos y balcones
Como paños de luto se prendian....

En esa hora sin color ni sombra,
En esa hora mùstia, indefinida,
Intermedio de amor en que la noche
Se abraza con el dia,

Solitaria la calle de su casa,
Como senda de ermita,
Sin siluetas, sin ruidos y sin ecos,
Así permanecia...

Solo ella tras los vidrios reclinada,
Envuelta con su chal de muselina,
Semejaba una estàtua, quieto el seno
È inmòvil la pupila...

Enfrente estaba yo. Y así pasàbamos,
Hasta que nuevamente rebullia
La ciudad por la noche. En aquel tiempo,
Con sin igual locura me queria!

Mas pasò aquel invierno, y con sus flores
Sus cantos y sus brisas
Volviò la primavera, y de las tardes
Fuè mas larga la vida.

Y en la acera de enfrente me paraba
Ansioso todavia,
Y las gentes tomàbanme por loco,
Mientras yo de las gentes me reia...

Pero allà, tras los vidrios, reclinada,
Envuelta con su chal de muselina,
Ella, no estaba ya. ¡Todo su afecto
Muriò con la humedad y la neblina!...

Porquè?... Por caprichosa! En el invierno
Quando flores no habia,
Las cultivò en su pechey en mi alma
Dejó caer semillas....

Mas cuando el prado henchido de perfumes,
Nadaba entre matices y armonias,
Y ricas de recuerdos de otras tierras
Llegaban las viajeras golondrinas...

Por el prurito de llevar la contra
Hasta à su misma dicha,
Las hizo marchitar y ahogò su llanto,
Con histèrica risa...